

# U.N.A.M.

## MARIO DE LA CUEVA

### CARTAS A ÁTICO.

---

#### LIBRO DÉCIMO

---

##### CARTA PRIMERA.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

El III de las nonas (1), cuando llegué á casa de mi hermano, en Laterio, recibí tu carta, y en cuanto la lei, respiré; haciéndolo por primera vez, después de nuestros desastres. Estimo en mucho la aprobación que otorgas á mi firmeza de ánimo y conducta. Según me escribes, Sextio me alaba también. Me congratulo de ello, porque su aprobación vale para mí tanto como la de su padre, que era el hombre á quien quería más. Un día, el de las famosas nonas de diciembre (2), me dió una contestación que recuerdo con frecuencia. Y bien, Sexto, le pregunté. ¿qué debe hacerse? «No quiero morir, me dijo, cobardemente y sin gloria,

---

(1) 3 de abril.

(2) 5 de diciembre, día en que Cicerón ahogó la conjuración de Catilina, mandando prender y ejecutar á los conjurados.

sino distinguiéndome con alguna acción notable que tenga resonancia en la posteridad.» Su autoridad está viva siempre para mí, y no tengo en menos la opinión de un hijo tan semejante á su padre. Te ruego le saludes afectuosamente en mi nombre. No puedes tardar en darme tu opinión: el pacificador asalariado (1) habrá presentado ya, según creo, su moción, y algo se habrá decidido en esa reunión de senadores á la que no quiero llamar Senado. Tú me tienes también con cierta inquietud, á pesar de que no puedo dudar del partido que me propongas. ¿No me dices que mandan á Flavio á Sicilia con una legión (2), y que ya ha partido? ¿Cuántos atentados se preparan, me dices, unos próximos á estallar, otros en meditación, sin contar lo que nos reserva el porvenir! Que perdone Solón, tu compatriota, y mío también á lo que creo, pero rechazo su pena de muerte contra aquellos que no toman partido en las guerras civiles, y á menos que pronuncies sentencia contraria, me marchó con mis hijos. Mi neutralidad es indudable. Sin embargo, no precipitaré nada; espero tu consejo y la carta que te he rogado entregues á Cefalión, á menos que me la hayas remitido ya por otro conducto. Opinas tú, á pesar de que nada se dice todavía, que si se trata de paz, me llamarán á Roma. Creo que no puede tratarse de paz estando decidido quitar á Pompeyo su ejército y su provincia. Posible es, sin duda, que ese orador vendido persuada á César para que no obre mientras van y vienen los negociado-

---

(1) Razón hay para creer que este pacificador comprado era Curión, aunque estaba muy dispuesto por otra parte á derribar á Pompeyo. Porque si bien era notoria su venta á César y conocido el precio del contrato, no dejó, cuando César á su entrada en Roma reunió el Senado, de apoyar la proposición de enviar diputados á Pompeyo y de suspender las operaciones militares durante las negociaciones.

(2) Según César (*De Bell. civ.*), fué á Curión á quien mandó como propretor á Sicilia con cuatro legiones, á cuya llegada hubo Catón que gobernaba entonces la provincia.

res. Mas por mi parte nada espero, ni siquiera veo nada posible. Por otro lado, grave cuestión es en política saber si un hombre honrado puede formar parte del consejo de un tirano, hasta para deliberar acerca de un negocio que interesa á la República. Pero, en último caso, te aseguro que no me preocupo de que me llamen. ¿Qué podría decir en favor de la paz que no haya dicho ya, y con profundo disgusto para él? Sin embargo, supuesto el caso, te suplico me escribas cuanto antes lo que debería hacer, porque nunca me habría encontrado en posición más delicada.

Me regocija que hayas quedado contento del lenguaje de Trebacio, que es varón excelente y buen ciudadano. Mucho tiempo hace que nada me había deleitado tanto como tu ἐκφώνησις ὑπέρευ. ¡Con cuánta impaciencia aguardo tu carta! Espero que habrá partido ya. La gravedad que me aconsejas la has observado tú lo mismo que Sexto. Tu Celer tiene más agudeza que talento. Lo que te dice Tulia de nuestros jóvenes es cierto. La frase que me refieres de Antonio me parece más ofensiva en la forma que en el fondo. Vivo en una incertidumbre que es peor para mí que la muerte. Tengo que permanecer libre entre malvados ó exponerme con los buenos á todos los peligros; seguir á éstos ciegamente ó arrostrar á aquéllos cara á cara. Ambas cosas son temibles; pero el partido que quiero tomar no es menos vergonzoso ni más seguro. Mandarán, según creo, para tratar al que envió á su hijo á Brindis (opino acerca de la paz de la misma manera que tú: todo será fingido, y se prepararán encarnizadamente para la guerra); y no se me elegirá para mediador. Además, ni siquiera se ha pronunciado todavía mi nombre, y esto es todo lo que deseo. Inútil es que te pregunte qué debería hacer en un caso que no se presentará, é inútil también que yo mismo piense en ello.

## CARTA II.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

Cuando recibí tu carta de las nonas de abril (1), que me ha traído Cefalión, estaba ya decidido á pernoctar al día siguiente en Minturno, é iba á ponerme inmediatamente en camino: mas, en vista de lo que me dices, permaneceré por ahora en Arcano, en casa de mi hermano. Este paraje está retirado, y aquí esperaré noticias más positivas y no dejarán de poner orden en todo lo que puede hacerse sin mí. Oigo cantar la golondrina y ardo en deseos de partir; aunque ignoro todavía á dónde y por qué camino: pero veré, consultaré. Entre tanto, y mientras sea posible, no dejes de ayudarme con tus consejos. Nos encontramos en un laberinto y tenemos que entregarnos á la fortuna. Me agito sin esperanza, y admirable sería que las cosas no fuesen de mal en peor. Sentiría que hubiese partido Dionisio, como me escribe Tulia, porque no es este momento oportuno. En la turbación que me domina, no me agrada-  
ría presentarme á un hombre que no es amigo mío; pero no pretendo que tú no lo seas suyo.

## CARTA III.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

No tengo otra cosa que decirte sino que deseo enterarme de algunas noticias. ¿Ha marchado César? (2) ¿En qué

---

(1) 5 de abril.

(2) A España, donde César iba á combatir á Afranio y Petreyo, tenientes de Pompeyo.

situación ha dejado á Roma? ¿A quiénes ha repartido los distritos de Italia y encargado del poder? (1) ¿A quién ha nombrado para que lleve á Pompeyo y los cónsules las proposiciones de paz? (2) Para saber estas cosas te escribo. Muy amable serás y mucho te agradeceré si me pones al corriente de los acontecimientos y me dices cuanto puede interesarme. Entre tanto me mantendré oculto en Arcano.

Esta es la segunda carta que te escribo hoy, vii de los idus de abril (3). Ayer te escribí otra más larga, y toda de mi mano. Dícenme que te han visto en la regia (4) de los pontifices. No pretendo censurarte, porque no escaparía yo tampoco á la censura. Espero impacientemente carta tuya. ¿Qué me dirás? lo ignoro; sin embargo, escíbeme. César me ha escrito: no le enoja que no haya ido yo á Roma; sino que, al contrario, toma á buena parte esta resolución. Pero me parece muy amable cuando me dice que Tulio y Servio (5) se le quejan porque no ha tenido con ellos igual condescendencia. ¡Hombres ridículos! ¡mandaron á sus hijos á sitiar á Pompeyo y vacilan en acudir al Senado! Te remito copia de la carta de César (6).

---

(1) César dejó al pretor Lépido el cuidado de los asuntos de Roma, y á Antonio el mando de Italia con el título de propretor.

(2) La diputación decretada por el Senado para tratar de la paz con Pompeyo, pero nadie se presentó para formar parte de ella, porque comprendían todos que en el fondo César no quería la paz.

(3) 7 de abril.

(4) Llamada así del nombre del rey de los sacrificios que celebraba en ella las funciones de su ministerio. También era punto de reunión pública como las basílicas.

(5) Volcacio Tulo y Servio Sulpicio.

(6) Esta carta se ha perdido.

## CARTA IV.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

He recibido en el mismo día muchas cartas tuyas, todas muy notables, especialmente la que parece un volumen. Más de una vez la leeré, porque lo merece. No lamentes tu trabajo, porque me has proporcionado sumo placer. Mientras puedas hacerlo, es decir, mientras sepas dónde dirigirme tus cartas, no dejes de escribirme, te lo suplico; pero pongamos desde hoy término, si es posible, á nuestras continuas lamentaciones; y si no lo es, al menos moderémoslas: porque me he despedido para siempre de todo lo que he perdido en posición, honores é influencia. No quiero recordar ya sino el camino por donde los conseguí, cómo me mostré en ellos, cuánta gloria alcancé y la distancia que media, hasta en mi abatimiento actual, entre mí y los que me han arrebatado todo esto. Aludo á los dos hombres que han creído que no podían dar rienda suelta á sus pasiones sin expulsarme de Roma. Ya ves los frutos de esa asociación, de esa criminal alianza. El uno, en el delirio de culpable ambición, nada respeta y diariamente crece su furor. Acaba de arrojar de Italia á su rival. Quiere perseguirle más lejos aún y despojarle de su provincia. Ya no le asusta el nombre de tirano, y hasta parece que, ejerciendo la tiranía, no le parecería mal el nombre. Y el otro, que ni siquiera se dignaba tenderme la mano cuando me arrojaba á sus pies; que, según decía, nada podía hacer sin el consentimiento de otra voluntad, helo, apenas libre de la espada de su suegro, va á llevar la guerra por mar y tierra; guerra justa, pero aunque santa y hasta necesaria, no dejará de causar la ruina de Roma, si es vencido, y si re-

sulta vencedor, será manantial de calamidades sin cuento. Así, pues, lejos de colocar las hazañas de estos grandes capitanes por encima de mi gloria, prefiero al brillo de su fortuna la dureza de la mía. ¿Quién puede ser feliz desertando de su patria ú oprimiéndola? Y si, como con razón me recuerdas, he dicho en mis libros que solamente hay felicidad en la virtud y vergüenza en el mal, ¿no debemos considerar á los dos como los hombres más desgraciados, puesto que siempre anteponen su interés y ambición á la salud y gloria de la patria? Mi conciencia me da el hermoso testimonio de que siempre he servido bien á la República; que al menos siempre lo he previsto todo: y si la tempestad todo lo destruye, catorce años hace que lo anuncio (1). Marcho sostenido por esta idea, con el corazón oprimido, no por mí ni por mi hermano, porque nuestra carrera ha concluído, sino por nuestros hijos, á los que debíamos haber dejado una patria. Uno, especialmente, por su infinita ternura, me atormenta en extremo: el otro (2), ¡oh miseria, nada tan amargo me ha ocurrido en mi vida! maleado por nuestra indulgencia, ha llegado á excesos que no me atrevo á mencionar. Espero lo que de él me dirás detalladamente, según me prometiste, después que le hayas visto. He usado á la vez dulzura y severidad; le he preservado, no una vez sino muchas, de faltas en tanto graves, en tanto ligeras; pero la extraordinaria bondad de su padre merecía aumento de ternura en vez de tan cruel correspondencia. Su carta á César nos ha apesadumbrado hasta el punto de ocultártelo: su padre estaba inconsolable. No me atrevo á decir lo que pienso de ese viaje y del motivo de cariño filial con que ha querido cubrirlo. Lo que sé es que

---

(1) En efecto, siendo cónsul en 691, había vaticinado todos los acontecimientos que traería en pos la conjuración de Catilina y el favor con que la había considerado César.

(2) El hijo de Quinto.

después de una entrevista con Hircio, César le hizo llamar: parece que le habló de mí como del más opuesto á sus miras, y me denunció como dispuesto á salir de Italia. Te digo esto con profundo sentimiento. En último caso, nada tenemos que censurarnos en cuanto á esto, debiendo imputarlo á su carácter, que es malo. Lo mismo sucede con el hijo de Curión y el de Hortensio, sin que los padres tengan nada que ver en ello. Mi pobre hermano se encuentra en estado de cruel abatimiento, temiendo por mí y no por él las consecuencias de este suceso. Dirígele tus consuelos, si es que tienes algunos que darle. Para mí lo mejor sería saber que todos estos relatos son falsos, ó al menos exagerados. Si son ciertos, no sé en verdad qué no podremos temer de tal conducta y tamaña ligereza. Si aun tuviésemos República, sabría yo desplegar justo rigor y moderarlo después con la indulgencia. Pero tal vez me ciegan la indignación, el dolor y la alarma, y digo más de lo que conviene á mis sentimientos y á los tuyos. Si los hechos son ciertos, debes perdonarme estos desahogos; si carecen de exactitud, con regocijo mío me sacarás del error: y suceda lo que quiera, no culpes nunca á su padre ni á su tío.

Escrito estaba todo esto, cuando Curión (1) me ha anunciado su visita. Se encuentra en Cumas desde ayer tarde, día de los idus. No cerraré esta carta sin añadir todo lo importante que me diga.

Curión ha pasado por delante de mi casa sin detenerse, haciéndome anunciar su inmediato regreso. Marchaba apresuradamente á Puzzola para arengar al pueblo. Terminada la arenga, volvió á mi casa y se detuvo largo rato. ¡Cuántas abominaciones me ha referido! Le conoces y sa-

---

(1) Este Curión es el mismo de quien se ha hablado antes. Había contraído deudas por valor de sesenta millones de sextercios y concluyó por venderse á César.

bes que nada me oculta. En primer lugar, me ha comunicado, como cosa segura, el llamamiento de todos los desterrados por la ley Pompeya (1). Cuenta con emplear en Sicilia (2) á los que encuentre en ella. Considera ya á César como dueño de España. Desde allí se pondrá, con todas sus fuerzas, en persecución de Pompeyo, sea el que quiera el paraje en que se encuentre, no debiendo terminar la guerra sino con la muerte de éste. César se ha irritado contra Metelo, tribuno del pueblo, y ha estado á punto de hacerle matar, siendo su ejecución preludio de una matanza porque había muchos que le impulsaban á ella. No es clemente César por sentimiento ó carácter; pero sabe que la clemencia es medio de popularidad. Si perdiese el cariño del pueblo, se sobrepondría á todo la crueldad. El asunto del Tesoro había excitado los murmullos en la plebe, y cuando lo supo con certeza, no se atrevió á arengar al pueblo antes de partir, marchando muy perturbado. He preguntado á Curión qué veía en lo venidero, qué pensaba de esta osadía sin ejemplo en lo pasado, qué auguraba de la forma de república que vamos á tener. Contestóme terminantemente que no era posible ninguna república. Teme que Pompeyo tenga una flota, en cuyo caso él evacuaría la Sicilia.—¿Qué significan, le pregunté, esos seis haces? Si te los da el Senado, ¿á qué esos laureles? Si César, ¿por qué no llevas más que seis? (3)—Hubiese querido, me contestó, suponer un senatusconsulto, porque es el único medio; pero César odia más que nunca al Senado. En lo suce-

---

(1) Tales como C. Memmio, Plancio Hipseo y otros, condenados por el crimen de lesa majestad y violencia, en virtud de dos leyes que dió Pompeyo para este efecto.

(2) Donde César le había nombrado propretor.

(3) Porque solamente los que habían conseguido alguna victoria tenían derecho á llevar haces laureados. Curión, por modestia, no quiso llevar doce haces como los cónsules y procónsules; César no se los hubiese negado.

sivo, me dijo, todo dependerá de mí. Pero ¿por qué nada más que seis? porque no he querido doce: me bastaba pedirlo —Entonces dije: hubiese querido haber pedido á César lo que ha concedido á Filipo (1); pero temo una negativa no habiendo hecho yo nada por él.—Hubiese consentido con mucho gusto, me contestó Curión; pero cuéntalo hecho. Voy á escribirle que hemos arreglado entre los dos este asunto. No acudiendo tú al Senado. ¿qué le importa dónde estés? Pero hay más; estoy seguro de que no le hubiese disgustado que hubieras abandonado al principio la Italia.—Dijele que mi acompañamiento de lictores era lo que me hacía desear más el retiro y la soledad; y en esto me aprobó. Pero añadí:—No puedo pasar á Grecia sino es por tu provincia, porque toda la costa del mar superior está guarnecida de tropas.—Mejor, me contestó, nada me agradará tanto;—añadiendo otras muchas cosas agradables. Así pues, realizaré el viaje con seguridad y hasta sin misterio. Curión ha aplazado para mañana lo que le queda por decir: te escribiré lo que merezca ser referido. He olvidado preguntarle acerca de muchas cosas. ¿Habrá interregno? ¿En qué sentido entiende que César le ha ofrecido el consulado, pero que no lo ha querido, para el año próximo? y otras muchas preguntas además. Me juraba, ya sabes cuán poco le cuesta jurar, que César estaba muy bien dispuesto hacia mí.—Porque en fin ¿qué me escribe Dolabela?—¿Qué te escribe?—Que ha manifestado á César su deseo de verte en Roma, y que César le contestó con mucho agrado, dándole seguridades de su aprobación y hasta regocijo si tú vas á la ciudad. ¿Qué más te diré? Me encuentro bastante tranquilo, y mi corazón al menos se libra del peso de esta traición doméstica y de las negociaciones con Hireio. ¡Cuánto anhelo que nuestro sobrino sea digno de

---

(1) L. Marcio Filippo, consular. César le había permitido salir de Italia.

nosotros! ¡cuánto lucho para apartar de mi pensamiento toda sospecha contra él! Mas ¿por qué ese paso cerca de Hircio? (1) En esto se oculta algo. Esperemos que no será nada; pero es extraño que no haya regresado aún. Veremos. Entrega á Terencia los fondos que tenía en casa de los Oppios, porque no debemos exponernos á encontrarnos sin dinero en Roma. Aconséjame: ¿deberé marchar por tierra á Regio ó embarcarme aquí? Y puesto que todavía permanezco, dame tu parecer acerca de todo. Te escribiré en cuanto vea de nuevo á Curión. Te ruego continúes dándome noticias de la salud de Tirón.

## CARTA V.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD

Te he dado cuenta bastante completa, á lo que creo, de todos mis proyectos. En cuanto al día fijado, aun no puedo decirte nada, sino es que no será antes de la luna nueva. Curión no hizo otra cosa que repetir á la mañana siguiente su conversaci6n de la víspera; solamente ha a~adido de manera terminante que no veía fin á todo esto. Veo claramente lo que quieres en cuanto al joven Quinto; una cabeza semejante es una Arcadia que gobernar: no importa; tú lo ruegas, y yo haré cuanto pueda. ¿Por qué has de ser tú mismo?... Pero no seré tan malo. He remitido en seguida la carta para Vestorio, que á cada momento enviaba á preguntar. Veccieno, mucho mejor cuando te habla que cuando me escribe (2). Filótimo me había comunicado que

(1) Esto era para declarar á Hircio que no pensaba como su padre ni como su tío, y por otros motivos que no eran menos viles.

(2) Banquero y uno de los tribunos de la moneda. Prestaba di-

podría adquirir el apeadero de Canuleyo por cincuenta mil sextercios, y hasta por menos si me dirigía á Veccieno. Roguéle efectivamente que rebajase algo del precio: me lo prometió, y ayer me dice que ha tratado por treinta mil sextercios. Me pregunta qué nombre ha de poner en el contrato, y me previene que el dinero ha de estar disponible para los idus de noviembre (1). Le he contestado con alguna acritud, pero familiarmente. Puesto que se decide á portarse bien, no le acrimino. Le he dicho que tú me has comunicado todos los detalles. Quisiera saber qué has determinado en cuanto á tus proyectos de marcha y qué día has fijado. A xv de las kalendas de mayo.

## CARTA VI.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

El temporal solamente me detiene. No obro con astucia: suceda lo que quiera en España: sin embargo, guarda silencio. Te he expuesto mi plan en mis cartas anteriores, por cuya razón seré breve. Además, el tiempo apremia y tengo mucho que hacer. En cuanto á mi sobrino Quinto, es lo que más me preocupa: tú sabes lo demás. Reconozco tu amistad y tu prudencia en tus buenos consejos. Veo que guardándome de un solo escollo, todo lo demás puede ser fácil: sin embargo, el asunto es delicado: no puede apreciarse su carácter; no hay en él sencillez ni franqueza. ¡Por qué no le has tomado tú á tu cargo! El padre es de-

---

nero, y, duro cuando escribía á Cicerón reclamándole el pago de su deuda, era blando con Atico, que también prestaba, conocía las rúbricas y sabía qué temperamentos debían adoptarse.

(1) 13 de noviembre.

masiado indulgente, y siempre está dispuesto á la dulzura cuando yo resisto con firmeza. A no ser por él conseguiría el objeto. ¡Te hubiese costado á tí tan poco! Pero no quiero reconvenirte; repetiré solamente que el asunto es muy delicado. Dícese como cierto que Pompeyo marcha á las Galias por la Italia (1). Ahora necesito otro plan y otro itinerario.

## CARTA VII.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Apruebo desde luego el rodeo que haces por Apulia y Siponto (2), siendo tu posición muy diferente de la mía. Y no es que no nos encontremos obligados á los mismos deberes para con la República: pero no se trata de esto, sino de reinar: el rey que huye tiene más moderación y probidad; está menos comprometido, y si no queda vencedor, habrá que borrar el nombre del pueblo romano. Pero si consigue la victoria, victoria será semejante á la de Sila. En medio de este debate no te has declarado abiertamente por nadie, y eres libre para obrar según las circunstancias. Mi posición es muy diferente: estoy ligado por beneficios y no puedo ser ingrato. Sin embargo, no quiero marchar

---

(1) El objeto de Pompeyo, si tuvo este propósito, no pudo ser otro que pasar de la Italia á Germania, de Germania á la Galia, y desde allí marchar contra César é impedirle que llevase la guerra á España.

(2) Atico había escrito á Cicerón que él también saldría de Italia, pero lentamente, por temor de que se creyera huía del dominio de César y que desaprobaba sus actos. Por esta razón marcha á Siponto, donde tenía propiedades, con el propósito de permanecer allí algún tiempo, y después ganar el Epiro.

á los campos de batalla. Deseo retirarme á Malta ó á cualquier otro lugar apartado.—Pero, me dirás, no queriendo ser ingrato, nada haces en favor de la gratitud.—Quizá hubiese exigido menos él mismo. Además, tiempo tengo para reflexionar; lo esencial es partir. Gracias á Dolabela y á Curión, que son dueños, el uno del Adriático y el otro del Estrecho, puedo esperar que mejore la estación (1).

He concebido cierta esperanza de que Servio Sulpicio quiere hablarme. Le he escrito por medio de mi liberto Filótimo. Si persevera, no puedo tener mejor compañía; si retrocede, no abandonaré yo mi resolución. Curión ha estado conmigo algunos días: pretende que César se encuentra algo desalentado por la frialdad del pueblo, y que teme por la Sicilia si Pompeyo está ya en el mar. He recibido con mucha severidad al joven Quinto, habiendo visto que le guió la avaricia esperando obtener considerable donativo. Esto es muy malo ya sin duda, pero deseo creerle inocente del crimen que le hemos supuesto. Como comprenderás, la avaricia no es fruto de mi indulgencia, sino inclinación de su carácter. Arregla como te parezca con Filótimo el negocio de los Oppios de Velia. Me encontraría como en casa propia en Epiro; pero me dirigiré probablemente á otro punto.

## CARTA VIII.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

La cosa habla con bastante elocuencia por sí misma, como tú manifiestas de acuerdo con mi propia opinión.

---

(1) César había confiado á Dolabela la custodia de la entrada del Adriático, y Curión ocupaba el estrecho de Sicilia. El uno era yerno de Cicerón, el otro amigo.

Tiempo es ya de suspender una correspondencia que podrían interceptar, siendo por tanto peligroso continuarla. Pero mi Tulia me ha escrito repetidas veces suplicándome no me decida hasta que vea el giro que toman las cosas en España. Añade que así opinas tú, y yo lo veo por tus cartas. Mucho puedo contestar á esto. El consejo sería bueno si yo hubiese de arreglar mi conducta por los acontecimientos de España. Ó César será arrojado de aquel país, cosa que deseo vivamente, ó la guerra se prolongará, ó al fin se apoderará de las Españas, como no duda, según parece. Si es arrojado, ¿cómo voy entonces á buscar á Pompeyo, y cómo había de recibirme él, cuando el mismo Curión podría hacer otro tanto, según pienso? Si se prolonga la guerra, ¿cuánto tiempo tendría que esperar? Y si en último caso somos vencidos, claro es que no podría moverme. Esto es lo que se me ocurre. Prefiero dejarle vencedor que vencido, y cuando duda todavía del triunfo á cuando lo crea seguro. Si vence, preveo matanzas, confiscaciones, levantamiento de destierros, la bancarrota, los honores concedidos á los malvados peores; una tiranía en fin, que sería insoportable hasta para un Persa, y mucho más para un Romano. ¿Podría quedar silenciosa mi indignación? ¿Tendría que votar con Gabinio, quizá después que él! (1) ¿Tener á mi lado á tu cliente Celio, al cliente de C. Atego, Planguleyo y otros muchos! Mas ¿por qué cito enemigos? ¿No experimentaría ya bastante disgusto á la vista de nuestros amigos, de aquellos á quienes he defendido, y entre los que tendría, cubierto de vergüenza, que encontrarme en el Senado? ¿Qué digo? Tal vez me prohibirían la entrada en la Curia (sus amigos me escriben que

---

(1) Gabinio era senador, y aunque consular más moderno que Cicerón, por consecuencia de mala voluntad ó de capricho del presidente, estaba expuesto éste á que le hiciesen votar después que Gabinio.

le ha disgustado mucho no verme en el Seuado): no quise su amistad cuando ofrecía ventajas; ¿debo entregarme á él cuando es peligroso hacerlo? Considera, en fin, que no quedará arreglado todo con el asunto de España, á menos que Pompeyo no rinda las armas al perder esta provincia; pero no piensa mas que á Temístocles, y cree que cuando se tiene el mar se es dueño de todo. Así es que no se encuentra personalmente en España, poniendo todo su cuidado en hacerse formidable en el mar. Cuando llegue el momento oportuno, se le verá reunir su poderosa armada, hacerse á la vela y desembarcar en Italia. ¿Y qué será entonces de los que hayamos permanecido aquí? Imposible conservar por más tiempo la neutralidad. ¿Nos oponderemos á su desembarco? ¿Qué extremidad y qué vergüenza! ¿Nos imputará como un crimen nuestra ausencia y nuestra seguridad? ¿iremos á compartir con Pompeyo y sus secuaces la enemistad del otro? Prescindamos por un momento de la cuestión del deber, y no consideremos mas que el peligro. Allí hay peligro obrando mal, y aquí lo hay obrando bien: peligros en todas partes. No es posible, por consiguiente, dudar; no hagamos, pues, exponiéndonos, lo que no queríamos hacer por salvarnos. Mas ¿por qué no haber pasado el mar con Pompeyo? Porque era materialmente imposible. Existe la razón del tiempo, y lo confieso aunque podía guardar silencio acerca de ello; creí, tal vez no debí creerlo, pero, en fin, creí en la paz y no quise tener por enemigo á César hecho amigo de Pompeyo: los conozco; siempre son los mismos hombres. Esta es la razón de mis dilaciones. Hoy la ocasión es mía si me apresuro, y la pierdo si vacilo. Y esto es, querido Atico, lo que me dicen también ciertos augurios en que tengo completa confianza; no los de nuestro colegio que consulta Appio (1), sino los

---

(1) Appio Clodio Pulquer era augur y había escrito un tratado de derecho augural dedicado á Cicerón.

de Platón acerca de los tiranos. Para mí no es dudoso que César no puede sostenerse, y que, por lánguida que sea nuestra resistencia, caerá por sí mismo, porque encontrándose en sus mejores momentos y en toda su novedad, han bastado seis ó siete días para que le execre esa multitud ávida y hambrienta, habiendo abandonado tan pronto la doble mentira de su afabilidad y riqueza, tratando como lo ha hecho á Metelo y al erario. Considera cómo serán sus ministros y legados para gobernar las provincias y la República. Ni uno hay que haya sabido administrar su patrimonio durante dos meses. Inútil es referir aquí todo lo que puede decirse; lo mismo lo sabes tú que yo; pero reflexiona un momento, y verás que semejante reinado no puede durar arriba de dos meses. ¿Me engaño? Pues bien, tomaré mi partido como tantos hombres ilustres y grandes ciudadanos, á menos, sin embargo, que no prefieras para mí el lecho de muerte de Sardanápalo, el destierro de Temistocles, el hombre que, según Tucídides, juzgaba mejor el presente y apreciaba mejor el porvenir, y que, á pesar de esto, cayó en desgracias que hubiese evitado á saber preverlo todo. Aunque, como el mismo escritor dice, nadie le igualó en habilidad para conocer el lado bueno y el malo de las cosas, no supo ponerse á cubierto, ni contra la envidia de los Lacedemonios, ni contra la de sus mismos conciudadanos, y no vió á dónde le llevaban sus compromisos con Artajerjes. Si no nos engañásemos alguna vez, nuestro Africano (1), varón sapientísimo, no hubiese visto

---

(1) El segundo Africano, Escipión, fué encontrado muerto en su lecho. Recayeron sospechas de envenenamiento sobre su esposa Sempronia, hermana de los Gracos, de quienes siempre fué adversario, habiendo llegado á decir públicamente que Tiberio Graco mereció la muerte que le dieron los patricios. Sin embargo, la de Escipión no fué objeto de ningún procedimiento judicial. Cicerón quiere decir que si hubiese previsto el trágico fin que le esperaba, no hubiese aprobado públicamente la muerte de Tiberio Graco,

aquella acerba noche que no tuvo aurora para él: y C. Mario, el más astuto de los hombres, no hubiese sufrido los duros momentos que le hizo soportar. Mas el augurio de que hablo no me engaña, es infalible, como demostrarán los sucesos. Indispensable es que ese hombre caiga, ó bajo los golpes de sus adversarios, ó por sus propias manos, porque no tiene enemigo más terrible que él mismo. Espero que viviremos bastante para verlo. En último caso, tiempo es ya de que piense en la vida cuya duración es infinita, con preferencia á esta exigua existencia de un día: y si algún accidente la abrevia, tan indiferente me es tocar ya al término, como tener que esperarlo mucho tiempo aún. Con tales convencimientos, ¿iré á someterme á aquellos contra quienes me ha armado el Senado con un decreto de salvación pública? (1) Tienes mis instrucciones acerca de todo, y tu amistad hace superfluas mis recomendaciones. Nada, pues, tengo que decirte, sino es que espero el primer viento favorable para embarcarme. ¿Qué digo? Una cosa hay que importa sobre todas, y acerca de la cual debo escribirte; y es, que de todas tus bondades, tan numerosas para mí, ninguna me es tan grata y ninguna te agradezco tanto como tus tiernos cuidados para con mi querida Tullia. Mucho le regocija á ella esto, y á mí me deleita profundamente. ¿Con cuánta resignación soporta las calamidades públicas y las aflicciones domésticas! ¿Qué valor en nuestra separación! Su cariño es infinito: su corazón forma uno solo con el mío. ¿Pues bien! solamente considera lo que el de-

---

como Mario no hubiese trabado lucha con Sila de haber previsto que le obligaría á huir de Roma, y presentido todos los peligros que corrió en aquella memorable fuga.

(1) A la entrada de César en Italia ordenó el Senado á todos los que tenían mando que defendiesen la República; esto es, que marchasen contra César. Cicerón estaba en este caso, encontrándose todavía *cum imperio* y esperando el triunfo antes de dejar el mando.

ber y el honor me mandan. Pero no continúo: tengo miedo á mi propia emoción. Te suplico que no dejes de tenerme al corriente de las noticias de España, y de todo cuanto sobrevenga mientras me encuentre todavía aquí. Tal vez te escriba otra vez antes de partir, sobre todo si es cierto, como Tulia me asegura, que no habrás salido de Italia. Ahora tengo que comenzar con Antonio las mismas negociaciones que con Curión, para que me dejen en Malta bajo la promesa de mi neutralidad. ¡Ojala le encuentre tan acomodaticio y fácil como al otro! Anúnciase su llegada al Miseno (1) para el vi de las nonas, es decir (2), para hoy, haciéndose preceder por la odiosa carta que copio á continuación:

*«Antonio, tribuno del pueblo y propretor, á Cicerón,  
imperator, salud.»*

»Sin la amistad que te profeso, y que es mucho mayor de lo que crees, no me ocuparía de un rumor que corre acerca de tí, tanto más, cuanto que le creo destituido de fundamento. Pero te aprecio demasiado para no fijar la atención hasta en los rumores vanos. No, no puedo creer que desees pasar el mar, queriendo tanto como quieres á Dolabela y á tu hija Tulia, queriéndote todos nosotros tanto, y cuando, á fe mía, no puedes interesarte más por tu honor y consideración de lo que nos interesamos nosotros mismos. Creo que no sería propio de la amistad permanecer insensible á malévolas murmuraciones, y más me he curado de ello, porque comprendo mi delicada posición para contigo, á consecuencia de los disgustos en que an-

---

(1) Promontorio entre Cumas y Puzzola. Antonio tenía allí una quinta.

(2) 8 de abril.

Les me acuso de vivacidad que te censuro ofensas (1). Deseo convencerte de que, exceptuando á César, á nadie quiero tanto como á tí, y que á nadie conozco sobre cuya abnegación cuente César con mayor confianza. Te suplico, pues, mi querido Cicerón, que te abstengas de todo paso que te comprometa; guárdate del que quiso hacerte pagar su apoyo por injurioso abandono, y no huyas como enemigo de un hombre que aunque no te apreciara (que es imposible) querría verte honrado y poderoso. Te remito esta carta por medio de Calpurnio, mi íntimo amigo, para que sepas hasta qué punto tengo empeño en todo lo que se refiere á tu seguridad y gloria.»

El mismo día me trajo Filótimo otra carta de César, cuya copia hela aquí:

*«César, imperator, á Cicerón, imperator, salud.»*

» Aunque te creo incapaz de obrar imprudentemente y á la ligera, corren sin embargo rumores que me inquietan, y me decido á escribirte. No te unas, te lo suplico en nombre de nuestra mutua benevolencia, no te unas á una causa muy comprometida hoy, no habiendo querido hacerlo cuando las probabilidades estaban equilibradas. ¿Quieres sustraerte á la decisión de la fortuna? Esto sería ofender á la amistad y hacerte daño á tí mismo. En todo hemos triunfado; todo le ha sido adverso. No, tú no cedas á compromisos de partido: su causa era la misma cuando te negaste á ocupar puesto en sus consejos. Necesario es que yo haya realizado algún acto muy reprobable, porque nunca tendrá para mí significación más grave ninguna determinación tuya. Abstente de hacerlo: lo vido á tu amistad.

---

(1) Alusión á los ofensivos procedimientos de Antonio con Cicerón cuando pedían los dos el áugurado, y por voto unánime del colegio elevaron á Cicerón á aquella dignidad.

Tengo derecho para ello; y díme por otra parte si la neutralidad no es lo que más conviene á un hombre honrado, pacífico y buen ciudadano. Algunos que pensaban así, abandonaron sus propósitos por temor; pero tú que conoces mi vida entera, que puedes consultar todos los testimonios, que estás convencido de mi amistad, ¿qué cosa mejor puedes hacer que abstenerte? A xx de las kalendas de mayo. En marcha.

## CARTA IX.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Ha llegado Filótimo (¿qué hombre tan aturdido y cuánto miente en favor de Pompeyo!): ha afligido á cuantos estaban conmigo; yo permanezco inalterable. Todos creíamos que César había suspendido su marcha. Filótimo asegura lo contrario: César vuela. Habíase anunciado la unión de Petreyo con Afranio (1). Filótimo pretende que la noticia no se ha confirmado. ¿Qué te diré? Asegúrase que Pompeyo, al frente de fuerzas considerables, se dirige por la Iliria hacia la Germania. Esto se da como seguro. ¡Pues bien! partamos pronto hacia Malta: esperemos allí los acontecimientos de España: mi corazón no resiste siempre. Celio también me escribe en términos conmovedores; aconséjame que no precipite mi resolución, que no comprometa mi situación, mi hijo, mi familia y además mi vida. Nuestros hijos leyeron esta carta llorando. Sin embargo, Cicerón muestra más entereza, con la que consigue aumentar mi sensibilidad: no piensa más que en las exigencias del honor. ¡A Malta, pues! más adelante veremos.

---

(1) Esto era cierto, á pesar de la afirmación contraria de Filótimo.

Escribême algo aún, te lo suplico, sobre todo si tienes noticias de Afranio. En caso de que vea á Antonio, te comunicaré los resultados. Seré, sin embargo, cauto en creerle; te lo aseguro. No trato ya de ocultarme, porque es muy difícil y peligroso. Esperaré á Servio hasta las nonas. Postumio y Servio el joven me lo han rogado. Al fin comienza á ceder tu cuartana: me congratulo de ello. Te remití copia de la carta de Celio.

## CARTA X.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

¡Ciego estaba cuando no me visto antes estas cosas! Leo esa carta de Antonio: mil veces le había escrito que no abrigaba pensamientos hostiles á César, que no olvidaba á mi yerno ni prescindía de la amistad; que si hubiese querido me encontraría con Pompeyo, y que intentaba salir de Italia solamente porque no me agradaba correr de derecha á izquierda con mis lictores, pero que este proyecto ni siquiera estaba decidido. Mira lo que me contesta ese *παροινικῶς*: (1) «¡Cuán franca es tu conducta! Cuando se quiere ser neutral se permanece en casa; el que se marcha se declara por un partido. Tengo orden terminante de César para no dejar salir de Italia á nadie. Así, pues, importa poco que apruebe tu intención, puesto que nada puedo hacer. Envía un mensajero á César y preséntale tu petición; creo que la recibirá bien, sobre todo si añades la promesa de no faltar á nuestra amistad.»

Aquí tienes *στυτάλην Δακωνικήν* (2). Es absolutamente in-

---

(1) Borracho.

(2) Cuando los éforos de Esparta querían llamar á sus generales ó darles órdenes importantes, enrollaban una tira de pergamino

dispensable que le burle. Debe llegar el v de las nonas (1) por la tarde, es decir, hoy, y tal vez vendrá á verme mañana. Mostraré astucia; le diré terminantemente que nada me apremia; le aseguraré que voy á enviar un mensajero á César, y después me ocultaré en cualquier parte con reducido número de personas, y al fin conseguiré escapar á despecho de todos. ¡Ojalá pueda reunirme con Curión! ¡Los Dioses me protejan! Estoy irritado con esta contrariedad, y algo haré digno de mí. Tu enfermedad me aflige, y harás bien en no descuidarla, sobre todo al principio. ¡Cuán gratas me son tus noticias de Marsella! (2) Te ruego me tengas al corriente de todo cuanto sepas. Marcharía á reunirme con Ocela si pudiese hacerlo públicamente, según había convenido con Curión; espero aquí á Servio: su esposa y su hijo me lo han suplicado, y creo que es necesario. Antonio lleva á Citherida (3) en litera descubierta; su esposa va en la segunda. Otras siete lleva además en la comitiva ocupadas por amigas ó por amigos. Ya ves por qué torpes manos tenemos que perecer. Después de esto, duda, si puedes, de la sangre que correrá al regreso de César, vencedor ó vencido. Por mi parte, tomaré una barquilla, á falta de nave, para salvarme de sus manos parricidas. Te hablaré con más extensión cuando haya visto á Antonio. No puedo dejar de amar á nuestro joven; pero veo claramente que no nos ama. Nunca he visto nada

---

larga y estrecha alrededor de un palo redondo, sin dejar espacio vacío entre los bordes del pergamino. Escribían en seguida las órdenes en él, y después lo desrollaban y enviaban sin el palo. Los que recibían el pergamino lo enrollaban en otro palo igual, y leían de esta manera lo escrito obedeciendo en el acto. Plutarco, *Lisandro*.

(1) 3 de mayo.

(2) Los Marselleses habían cerrado sus puertas á César.

(3) Cantada por Virgilio en sus *Églogas* bajo el nombre de Lycoris. Esta cortesana, que también era mímica, fué primeramente amante de Galo á quien abandonó para entregarse á Antonio.

tan ἀνηθοποιητον; es el reverso de todos los suyos, una cabeza que hierve sin cesar. ¡Qué manantial de aflicciones! Hago lo posible por corregir este extraño carácter: Ἦθους ἐπιμελητέον.

## CARTA XI.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

Cerrada ya mi carta anterior, se me ocurrió no entregarla á la persona que debía llevarla, porque no nos pertenece. Así es que no la remito según su fecha. Entre tanto llegó Filótimo, que me entregó la tuya en que te quejas de mi hermano. Verdad es que tiene carácter débil, pero sin doblez, sin astucia, fácil de atraer al bien y del que harás cuanto quieras con una palabra. Por no hablar mucho, diré que no cesa de irritarse contra los suyos, y sin embargo les ama con ternura, y á mí especialmente más que á sí mismo. En cuanto á su hijo, á ti te escribe de una manera y á su madre de otra, en lo que no encuentro mal alguno; pero sí me desagrada lo que me refieres de tu hermana, y á propósito de ese viaje, tanto más, cuanto que no puedo hacer nada en la posición en que me encuentro. En otras condiciones encontraría remedio al mal; pero ya ves á lo que estoy reducido. En cuanto á la cantidad que te debe, no deja de pagarte por falta de voluntad (esto se lo he oído mil veces); muchos esfuerzos ha hecho para conseguirlo; pero cuando yo en vísperas de un viaje no puedo cobrar los trece mil sextercios que presté al hijo de Q. Axio; cuando veo excusarse al padre con la dureza de los tiempos; cuando Lepta y otros hacen lo mismo, me asombra en verdad que atormentes á mi hermano por esos veinte mil sextercios, puesto que cono-

ces sus apuros. Además, ha dado órdenes para que te paguen. No le creas tacaño ni mal pagador; no tiene nada de eso. Pero basta de mi hermano, y ocupémonos del hijo. Verdad es que su padre nunca le ha contenido bastante; pero la indulgencia no hace al niño mentiroso, interesado y sin cariño para los suyos; pudiendo solamente hacerle orgulloso, altanero y turbulento. Tiene los defectos que engendra una educación demasiado blanda; pero estos defectos son tolerables, y puedo añadir: ¡es tan joven! Otros tiene que vienen á ser muy graves por las fatales circunstancias en que nos encontramos. No se me oculta, por lo mismo que le quiero, que éstos no proceden de nuestra indulgencia. No, su causa es radical. Conseguiría al fin desarraigarnos si tuviese tiempo para ello; pero en la época en que vivimos es necesario soportarlo todo. A mi hijo le guío fácilmente: su carácter es muy dócil. Mi corazón se oprime por él, y esto no me quita la energía. Cuanto más firme quiere verme, más temo mostrarme duro con él.

Antonio llegó ayer tarde. Indudablemente recibiré su visita, á no ser que quiera insistir en la carta en que me participaba su voluntad. Te escribiré en seguida lo que ocurra. Ya no puedo marchar si no es secretamente. Pero ¿qué hago con nuestros jóvenes? ¿Les expondré en una barquilla? Calcula lo que tendré que sufrir en esta travesía. Recuerdo aún los temores de aquella navegación en barco plano de Rodas, y se verificó en estío (1). ¿Qué sucederá cuando les vea en una frágil barquilla en la estación más cruel del año? Por todas partes me rodean angustias. Tengo aquí á Trebacio, varón excelente y buen ciudadano. ¿Qué horrores prevé, Dioses inmortales! ¿Balbo pretende ir al Senado? (2) pero tú oirás al mismo Trebacio. Mañana le daré

---

(1) Cuando regresaba de Cilicia con su hijo y su sobrino.

(2) No paró aquí, sino que fué cónsul en 713. Sabido es que era de

una carta para tí. Creo en la amistad de Veccieno por lo que tú me dices: habíame pedido el dinero con tono algo incisivo: me disgusté, y tal vez llevé algo lejos la sátira. Si ha tomado el asunto en serio, haz que me dispense. En una carta le llamé *Monetalis*, él me había llamado *Procónsul* sencillamente. Pero si escucha la razón y continúa siendo amigo mío, yo sigo siéndolo suyo. Adiós.

## CARTA XII.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

¿Qué va á ser de mí? No solamente me encuentro el más desgraciado de los hombres, sino también el más deshonorado. Antonio pretende tener órdenes especiales para detenerme. No le he visto personalmente, pero lo ha dicho á Trebacio. ¿Qué partido tomar cuando nada me sale bien y mis combinaciones más seguras son precisamente las que resultan peor? Consideraba como una fortuna haber encontrado á Curión, y me creía en el final de mis males. Había escrito en favor mío á Hortensio (1): Regino estaba á mi disposición; pero no sospechaba que Antonio tuviese algo que ver en esta costa (2). ¿Adónde huir ahora? héteme guardado de vista. Sin embargo, basta de gemidos. Sólo me queda

---

Cádiz y que Pompeyo le hizo ciudadano romano. Plinio dice de él que fué el primer extranjero; más aún, el primero de los hombres nacidos en las orillas del Océano que obtuvo un honor que los antiguos negaban hasta á los naturales del Lacio.

(1) Hortensio el hijo. Mandaba una flota de César en el mar de Toscana.

(2) Antonio. César le había encargado la vigilancia de aquel mar y sus costas, tal vez para que la ejerciese sobre el mismo Cicerón, porque Curión, Hortensio y Regino, por partidarios suyos que eran, eran también amigos de Cicerón y podrían facilitar su fuga.

que ganar furtivamente alguna barquilla y navegar contra viento y marea. Arriesguémoslo todo antes que dejar creer que los obstáculos que me retienen son juego convenido. Marchemos primeramente á Sicilia: una vez allí, tendré tiempo á mi disposición. ¡Con tal de que las cosas tomen buen giro en España! ¡Con tal de que sea verdad lo que dicen de la misma Sicilia! Refiérese que la población en masa se ha presentado á Catón; que le ha suplicado se ponga á su cabeza, ofreciéndole todos los recursos de la isla; que ha accedido á sus deseos y ha comenzado las levas (1). La noticia me es sospechosa, porque el que la da lo ve todo de color de rosa. Lo indudable es que podrían resistir en Sicilia. Además, pronto se sabrá algo de España. Marcelo (2) está aquí, con el mismo propósito que yo; al menos lo finge maravillosamente. No nos hemos visto, pero he hablado con un amigo suyo muy íntimo. Comunicame las noticias que tengas: por mi parte no te dejaré ignorar nada de cuanto haga. Trato con mucha severidad al hijo de Quinto. ¡Ojalá pueda reformar su carácter! Te ruego destruyas las cartas en que te hablo mal de él, porque estas cosas deben quedar entre nosotros. Otro tanto haré yo con las tuyas. Servio va ha venir, pero nada bueno espero de él. En todo caso te escribiré. Debo confesar que me he equivocado. ¿Una sola vez? ¿acerca de un solo punto? no, en todo, y mis precauciones son las que me han perdido.

Ἄλλὰ τὰ μὲν προτετύχθαι ἔασομεν, ἀχνύμενοι περ,

y procuremos salvar lo que puede quedar aún del porvenir. Me aconsejas que lo prevea todo para mi fuga. ¿Qué he de prever? Todo está ya demasiado previsto y nada

---

(1) Esto es dudoso. En todo caso Catón no permaneció mucho tiempo en su puesto, que abandonó á la llegada de Curión.

(2) El consular C. Claudio Marcelo, que fué cónsul en 704 con Emilio Paulo.

queda que deliberar. Permanecer aquí con mi vergüenza y mis remordimientos, ó fugarme á riesgo de caer en manos de estos bandidos. Este es el extremo á que me veo reducido. Algunas veces deseo que me traten mal, con objeto de que se haga notoria la aversión al tirano. Si pudiera encontrarse el medio de evasión que yo esperaba (1), correspondería á tus deseos y justificaría mis retrasos; pero se me vigila mucho, y no confío ni siquiera en Curión. Solamente me queda que abrirme paso por la fuerza ó burlar la vigilancia por medio de la astucia. En un caso tendré que luchar con los elementos, en el otro con mis enemigos. ¡Y qué vergüenza si me cogen en el hecho! Pero el honor manda, me arrastra y no retrocederé ante ningún peligro. Frecuentemente me propongo por ejemplo á Celio (2): si se presenta ocasión de obrar como él, no dejaré de imitarle. Espero que España resistirá. El acto de energía de los Marselleses es cosa excelente en sí misma, y deduzco que todo marcha bien en España. Si tanto han avanzado, es que tienen informes seguros; están muy próximos y no se duermen. Tienes razón en considerar como síntoma de descontento lo que ha sucedido en el teatro. También veo que en las legiones levantadas en Italia es donde goza de menos simpatías. Pero su mayor enemigo es él mismo. Exactamente juzgas al temer que se incline á la violencia, y se inclinará, sin duda alguna, si sus asuntos marchan mal. Razón en mi favor para realizar algo á la manera de Celio. ¡Y ojalá sea yo más afortunado! Sea lo que quiera lo que haga, y de cualquier manera que lo realice, lo sabrás en seguida. Puedes estar tranquilo en cuanto al joven; estoy presente, y en caso necesario resistiría á

---

(1) Es decir, marchar á Grecia, pasando por Sicilia cuando Curión le ofrecía prestarse á esta tentativa.

(2) C. Celio Caldo, consular, uno de los que trataron de sostener en Italia el partido de Mario contra Sila. Era abuelo de C. Celio Caldo, cuestor de Cicerón en Cilicia.

todo el Peloponeso (1). Tiene disposición: la educación corrige la naturaleza y hasta puede suplirla, á menos que se pretenda que no puede adquirirse la virtud, de lo que nadie podrá persuadirme.

## CARTA XIII.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Tu carta ha sido muy grata á Tulia y á mí también, á fe mía: siempre se gana algo con tu correspondencia. Continúa, pues, escribiéndome, y si puedes darme alguna noticia buena, no lo difieras. No tengas miedo á los leones de Antonio (2). Jamás se encontró hombre más dulce y amable que él. He aquí una muestra de su comportamiento como hombre público: había convocado por medio de carta á los principales decuriones y cuatorviros de las ciudades municipales: llegan á la mañana siguiente, pero Antonio se encuentra en el lecho y no se mueve hasta la hora tercia. Más tarde le anuncian á los Cumanos y Napolitanos (con los que está iritado César) (3), y los aplaza para el día si-

---

(1) Continuación de la metáfora comenzada en la carta, donde dice que su sobrino Quinto es la Arcadia que gobernar. Ahora dice que es todo el Peloponeso, del que la Arcadia era parte, pero que espera sin embargo triunfar de él.

(2) Sabido es que Antonio se hizo conducir en un carro tirado por leones, llevando al lado á la mímica Citeris: Plinio lo dice terminantemente, pero añade que fué después de la batalla de Farsalia. Mas, como se ve, Cicerón hace remontar más lejos este capricho, y en testimonio desmiente de un modo categórico el aserto de Plinio.

(3) Probablemente porque estas dos ciudades habían mostrado con más energía su afecto á Pompeyo; Nápoles especialmente; que celebró con votos y fiestas públicas el restablecimiento de su salud.

guiente: tenía que bañarse y περι κοιλολουσαν γινεσθαι. Esto hizo ayer. Hoy se propone pasar á la isla de Enaria (1). Anuncia públicamente el regreso de los desterrados. Pero basta de este hombre, y ocupémonos de nosotros.

He recibido una carta de Axio. Quedo agradecido á Tiron. Veccieno es muy amable. He reembolsado á Vestorio. Dícese que Servio durmió en Minturno la víspera de las nonas de mayo y que hoy se detendrá en Linternino, en casa de Marcelo. Mañana temprano recibiré su visita y tendré asunto para una carta. Empezaba á no saber qué escribirte. Me extraña que Antonio no me haya dirigido ni siquiera un mensaje, porque siempre se había mostrado muy atento conmigo. Probablemente tiene órdenes penosas en cuanto á mí y no quiere decir «no» en mi presencia. Pero no se lo habría pedido por favor, y, aunque me lo hubiese concedido, no habría creído en su palabra. Ya encontraré yo otro camino.

Te ruego me des noticias de España; deben haber llegado ya. Se las espera como si todo hubiese de decidirse allí. Por mi parte, no veo el triunfo asegurado aunque conservemos la España, ni tampoco desesperado si la perdemos. Tal vez se han presentado obstáculos para la marcha de Silio, Ocela y los otros. Parece que tú también los encuentras de parte de Curcio, aunque te supongo provisto de un salvoconducto.

## CARTA XIV.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

¡Oh vida miserable! este temor continuo es mal peor que el mal mismo. Como ya te dije, Servio, que llegó el día de

---

(1) Hoy Ischia.

Las nonas de mayo, vino á verme á la mañana siguiente. Para no impacientarte, te diré que no llegamos á decidir nada. Jamás he visto hombre más aterrado; y á fe que nada teme que no sea muy de temer. El uno le quiere mal y el otro no le quiere bien. La victoria, cualquiera que sea el partido que favorezca, traerá escenas de horror; sed de sangre por un lado, audacia desenfrenada por otro, y en ambos, extrema escasez de dinero, y que solamente podrá subsanarse por medio de despojos. Mientras hacía estas reflexiones lloraba, y con tal abundancia, que hace mucho tiempo debía estar agotado el manantial de sus lágrimas. En cuanto á mí, no es por el llanto si mis ojos padecen hasta el punto de no permitirme escribir; me atormenta la irritación que produce el insomnio. Así es que te ruego reunas todos los consuelos que puedas ofrecerme; no aquellos que se encuentran en la filosofía y en los libros; éstos puedo encontrarlos yo en mí mismo; sin embargo, no sé por qué el mal es peor que el remedio. Mis consuelos debes buscarlos en España, en Marsella. Servio me los trae bastante buenos de esos países. Parece también que la noticia de las dos legiones viene de buen origen (1). Esto es lo que yo necesito, ó algo que se le parezca. No puede tardarse en recibir noticias.

Volviendo á Servio, te diré que aplazamos la conversación para el día siguiente; pero no puede decidirse á partir; preferiría esperar los acontecimientos en su lecho (2). La campaña de su hijo en Brindis le disgusta profundamente: sin embargo, me ha declarado con energía que si se llama á los desterrados, se desterrará él. Le he dicho que

---

(1) Se les atribuía el propósito de abandonar á César. En cuanto á los asuntos de España y Marsella, se prolongaban algo, pero era inevitable un resultado favorable á César.

(2) Sin embargo, Servio, el padre, marchó poco después á reunirse con Pompeyo. Después de la batalla de Farsalia hizo la paz con César, que le dejó en Grecia, donde obtuvo un mando.

el llamamiento se verificará infaliblemente; que todos los días se veían cosas de igual importancia, y multiplicaba las pruebas; pero lejos de fortalecerse en su resolución, vi crecer sus vacilaciones hasta el punto que, no esperando decidirle, he creído deber ocultarle mi propósito. Indudablemente no puede contarse con él. Tu consejo es bueno: pensaré en el ejemplo de Celio.

## CARTA XV.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Celio se encontraba aún en mi casa el vi de los idus (1), cuando Cefalión me entregó tu carta. La noticia de las ocho cohortes me infunde esperanza (2). Dicese que las cohortes de aquí están igualmente dispuestas á separarse de él. El mismo día me trajo Funisulano otra carta tuya que confirmaba la primera. Le he causado profundo regocijo en cuanto á lo que le concierne, y te he dejado todo el mérito. Me debe una cantidad crecida y no pasa por rico; pero dice que pronto podrá pagarme mediante un reembolso que le han hecho esperar demasiado: puedes mandarme un mensajero con esa cantidad cuando te la entreguen. Eros, el liberto de Filótimo, te dirá con exactitud á cuánto asciendo esta deuda.

Mas hablemos de cosas más importantes: vas á quedar satisfecho; en breve dará sus frutos el ejemplo de Celio. Pero me atormenta la idea de si debo esperar ó no viento favorable. Solamente falta una bandera para que todos corran á alistarse en ella. Me aconsejas que obre francamen-

---

(1) 10 de mayo.

(2) No era una legión completa, para la que faltaban dos cohortes.

te; también pienso yo así, y estoy decidido á partir. Entre tanto, no dejes de escribirme. Servio no se decide á nada; para todo encuentra dificultades. No conozco á nadie tan tímido como C. Marcelo, que se arrepiente de haber sido cónsul (1), y que dicen ¡cobarde! impulsa á Antonio para que impida mi marcha, sin duda para cubrirse conmigo. Antonio, por el contrario, marchó á Capua el vi de los idus y mandó que me dijeran que si no había venido á verme era por discreción, creyéndome disgustado con él. Partiré, pues, y partiré como tú me aconsejas, á menos que de aquí á entonces no se presente cosa mejor que hacer. Pero no es probable que se ofrezca tan pronto ocasión. Sin embargo, el pretor Alieno piensa que hay un gran papel que desempeñar, y si no lo desempeño yo, será algún colega suyo. Poco importa quién sea, con tal de que alguno se encargue de él. Te apruebo en cuanto á tu hermana. Me ocupo mucho del joven Quinto, y espero mejore. Por lo que atañe á mi hermano, te aseguro que le atormenta mucho su deuda; pero todavía no ha podido conseguir nada de L. Egnacio. Axio obra desahogadamente en cuanto á sus doce mil sextercios. Me escribió que diese á Galio cuanto pidiera; pero aunque no me hubiese escrito, ¿podía negarme yo? ¿no me había puesto á su disposición? ¿Pero encontrar al instante tal cantidad! ¿para que yo cuente con ellos en mis apuros presentes! ¡los Dioses se lo paguen. Pero dejémosles. Al fin te ves libre de tu quartana, lo mismo que Pilia. Mucho me regocijo al felicitarte. Mientras cargan mi nave de víveres y otras provisiones, voy á hacer una excursión á Pompeya. Te ruego des en mi nombre las gracias á Veccieno por sus buenas disposiciones, y si se presenta ocasión para que me escribas antes de mi marcha, te ruego que no la pierdas.

---

(1) Durante su consulado se declaró contra César con bastante energía, y parece que ahora se arrepentía de haber avanzado tanto

## CARTA XVI.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Cuando acabé de escribirte tranquilamente acerca de varias cosas, llegó muy de mañana Dionisio á mi casa. No le hubiese costado mucho trabajo calmarme, y dispuesto me encontraba á olvidarlo todo; pero era indispensable al menos que tuviese las buenas disposiciones que tú me habías anunciado. La carta tuya que recibí en Arpino decía terminantemente que venía á ponerse á mi disposición. Mi voluntad, ó mejor-dicho, mi deseo, era conservarle á mi lado. Precisamente por haberse negado á ello sin rodeos en Formiano, me expresé acerca de él con tanta acritud. Pocas palabras me ha dirigido, rogándome en suma que no le quiera mal y diciéndome que el cuidado de sus asuntos no le permite permanecer conmigo. Pocas cosas le contesté, porque mi contrariedad fué profunda: sentía el peso de mi desgracia. ¡Qué quieres! Tal vez te extrañará, pero mis grandes sufrimientos no me impiden ser sensible á éste. ¡Ojalá pueda continuar Dionisio siendo amigo tuyo! Esto es desear que no te abandone la fortuna. Mientras ésta persevera, puedes contar con él.

Creo que mi plan no ofrece ningún peligro: sabré fingir y tomar bien mis precauciones. Que me favorezca el viento, y todo cuanto pueda hacer la prudencia lo tendré en cuenta. Te suplico me escribas mientras no parto, y no solamente lo que sepas y se diga, sino que también lo que tú mismo preveas para lo venidero. Nada impedía á Catón conservar la Sicilia: su presencia hubiese bastado para hacer de ella el punto de reunión de todos los hombres honrados. Pero Curión me dice que salió de Siracusa el viii de

las kalendas de mayo (1). ¡Con tal de que Cota se mantenga en Cerdeña, como se dice! Si así sucede, ¡qué vergüenza para Catón!

Con objeto de burlarles acerca de mi marcha y de mis proyectos, partí para Pompeya el iv de de los idus (2), y hubiese permanecido allí todo el tiempo que duraran los preparativos para la travesía. Al llegar me anunciaron que los centuriones de las tres cohortes que guarnecen la ciudad vendrían á verme á la mañana siguiente, diciéndome reservadamente mi amigo Ninnio que su intención era entrar en la plaza; pero yo abandoné Pompeya antes de amanecer el día siguiente, con objeto de evitar hasta la sombra de una entrevista. ¡Qué son tres cohortes? y aunque hubiese habido más, ¿con qué sostenerlas? He meditado en la suerte de Celio y he pensado en todo cuanto me dices en tu carta, que acabo de recibir precisamente á mi regreso á Cumas. ¿Sería tal vez aquello un lazo que me tendían? Pues, he destruído todo motivo de sospecha.

Cuando me encontraba en el camino para regresar, Hortensio vino á visitar á Terencia, hablando de mí con mucha lisonja. Creo que le veré, porque me ha enviado un esclavo para decirme que volvería. Este procede mejor que mi colega Antonio, que pasea á una mímica en su litera en medio de los lictores (3). En cuanto á tí, puesto que la quartana ha desaparecido, no presentándose el último acceso y ni siquiera te quedan huellas, ven en buena salud á verme en Grecia; y entretanto no dejes de escribirme.

(1) 24 de abril.

(2) 12 de mayo

(3) Antonio había marchado sin ver á Cicerón, por prudencia, según decía, y después de habéseto prometido. Era colega de Cicerón en el augurado.

## CARTA XVII.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Hortensio vino á verme la víspera de los idus, cuando tenía escrita ya mi carta. ¡Ojalá sea siempre lo mismo para mí! ¡Cuántas protestas de adhesión, que cuento poner á prueba! Un momento después me trajo tu carta Serapión (1), á quien dije antes de abrirla que ya me habías escrito en favor suyo. La leí en seguida, y le regocijó en extremo cuanto añadí. Creo, en efecto, que es hombre excelente, y tan instruído como honesto, de cuya nave podría servirme y comprometerle á que se embarcase conmigo.

No cesa de atormentarme mi enfermedad de la vista, no hasta el punto de ser insoportable, pero lo bastante para impedirme escribir. Me entero con mucha alegría de que te has restablecido por completo, tanto del quebranto de tu última enfermedad, como de los últimos ataques que has experimentado. Quisiera tener aquí á Ocela, porque todo marcharía mejor. Ahora solamente me detiene el equinoccio, que este año es muy malo. En cuanto mejore el tiempo solamente tendré una cosa que desear: que no varíe Hortensio, que hasta hoy se encuentra excelente conmigo.

Te admira haya hablado de salvoconducto (2), como si lo hubiese hecho con malicia y censurártelo como delito. Dices que no sabes cómo puede haberseme ocurrido tal idea. Porque me escribiste que partías, y había oído decir que no podía hacerse sin ese requisito. Parecíame muy

---

(1) Esclavo ó liberto de Atico.

(2) No se conserva la carta en que Cicerón hablaba de este salvoconducto.

sencillo que lo hubieses conseguido, sobre todo habiéndolo sacado para tu servidumbre. Esta era la razón que me asistía. Te suplico me digas lo que determines, y no te olvides de darmē noticias. A xvii de las kalendas de junio.

## CARTA XVIII.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

El xiv de las kalendas de junio (1) dió á luz Tulia un niño de siete meses (2). El parto ha sido feliz, con grande regocijo mío; pero el niño es sumamente débil. Increíbles son las calmas que continúan deteniéndome, molestándome mucho más que la vigilancia de que soy objeto. Las bellas palabras de Hortensio no han producido ningún resultado, como muchas veces sucede: este es un malvado pervertido por su liberto Salvio (3). No quiero ya decirte lo que he de hacer, sino lo que he hecho, porque me parece que hay *Κωρυκᾶτοι* (espías) (4) por todas partes en acecho de mis palabras. Te ruego que, por tu parte, no dejes de informarme de lo que ocurra en España ó en otra parte, y no esperes cartas mías hasta que haya llegado al término de mi viaje,

---

(1) 19 de mayo.

(2) Este era su primer hijo, no habiéndolos tenido ni de Plsón Frugi ni de Crassipo, si es que éste llegó á ser su marido.

(3) Por esto dice Cicerón que el padre de Hortensio no había influido para nada en la conducta de su hijo, como tampoco el padre de Curión en la del suyo.

(4) En la Jonia había un promontorio llamado *Corycus*, detrás del cual se escondían los piratas para sorprender las naves mercantes: de aquí viene el proverbio *τοῦτοῦ κωρυκαίου ἤκροαζετο*. Cicerón era como aquellos mercaderes, y su lengua debía cuidar de no hacer más ruido que aquéllos con los remos al doblar el promontorio.

á no ser que te dirija algunas líneas desde el camino. Tampoco puedo decirte nada con seguridad relativamente á esto. ¡Tanto trabajo me cuesta conseguir algo! Tomé mal las primeras medidas, y las consecuencias se resienten de ello. Ahora pienso en Formiano, y tal vez encuentre todavía á las furias en mi camino. Después de tu conversaci6n con Balbo, renuncié á Malta. ¿Acaso puedes creer que César no me considera como enemigo suyo? He escrito á Balbo acerca de lo que me dices sobre su benevolencia y sospechas. En cuanto á lo primero, le doy las gracias; discúlpame en cuanto á lo segundo. ¿Has conocido hombre más desgraciado que yo? Pero no quiero atormentarte, y no digo más. Lo que más me aflige es haber llegado al punto en que el valor y la prudencia nada pueden en favor mío.

---